

La bala perdida/destino

Natalia Olaya

Resumen

La narración sumerge al lector en una habitación secreta y misteriosa, cuyas paredes limitan cualquier posibilidad de escapar. En este confinamiento, una bala perdida, lanzada por una fuerza desconocida, se convierte en el inevitable destino de aquellos que se encuentran dentro. A pesar de las incertidumbres sobre su origen y el propósito de quien la dispara, la bala sigue su curso implacable, trazando un camino recto e inmutable hacia su objetivo. La habitación se convierte en un escenario de danza cósmica, donde las proyecciones de los habitantes virtuales se ven obligadas a moverse al ritmo del proyectil, acercándose cada vez más a su destino final. La historia, inspirada en la obra de José Saramago, evoca una atmósfera de fatalidad y desconcierto, donde el poder del destino y la inevitabilidad de la muerte se entrelazan en un juego macabro y desconcertante.

Existe una habitación secreta en un lugar oculto del mundo. Las cuatro paredes que construyen este cubo sin ventanas y sin puertas, están pobremente teñidas de vez en vez por lo que pareciera ser un fugaz destello de bengala fantasmagórico e infernal. Sin embargo, no es otra cosa más que el choque del percutor de un arma cargada e impaciente, de la cual desconocemos su procedencia, si es que no fuera el caso que ésta se encontrara en la habitación primero que nosotros. También desconocemos la apariencia del rostro o la silueta de las manos de quien apunta y acciona el gatillo, podríamos vislumbrarlo con la ayuda del destello y del estruendo, pero el primero apenas lo toca y el segundo ni siquiera consigue perturbarlo. La bala sale disparada del minúsculo y perpetuo cañón del destino. Con su trayectoria perfora el aire de la habitación a oscuras y dibuja un vector inalterable de impacto recto, que busca implantarse debajo de la membrana de alguna de nuestras proyecciones translúcidas, deambulantes y descarnadas de la dimensión virtualizada, que supone esta habitación imaginada y oculta que nos han tejido con los cabellos del hado. La bala, empeñada en pisarse sus propios pasos mucho antes de que siquiera la hayamos escuchado salir por su diminuta puerta, no cambia de parecer, pues tiene voluntad de acero. Aun si así lo quisiera o se lo pidiera amablemente al compañero que le lanza desde el otro lado, su transitar no se alteraría en ninguna de las múltiples trayectorias cartesianas que se hayan calculado previamente, porque pese a cuál sea que fuere su blanco; es la jadeante e imperceptible danza galáctica la que, marcándonos el compás, nos empuja a ponernos al final del vector, frente al agujero ávido, en llamas, próximo a conocernos. La distancia que coloca nuestros ejes sobre el plano predecible y calculable de esta habitación enlutada, cerca de ser olvidada por el secreto, nos entrega,

a su vez, el repertorio de movimientos previsibles para que nuestras proyecciones empiecen a orbitar alrededor del resplandeciente asteroide que atraviesa y libera del error coreográfico.

Inspirado en fragmento de las intermitencias de la muerte de José Saramago.